

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 150

Sermón predicado el 24 de agosto de 1808, en la iglesia de San Francisco, por el doctor don José Miguel Guridi y Alcocer

SERMÓN *Predicado en la solemne función que celebró el Ilustre Real Colegio de Abogados de esta Corte, en acción de gracias a su patrona nuestra señora de Guadalupe por la jura de nuestro católico monarca el señor don Fernando VII, hecha en 13 de agosto de 1808. Lo pronunció en la iglesia de San Francisco en 24 del mismo mes el doctor don José Miguel Guridi y Alcocer, individuo de dicho ilustre cuerpo, colegial mayor del insigne y viejo de Santa Maria Todos Santos, y cura de la villa de Tacubaya. Impreso a expensas del mismo Ilustre y Real Colegio.*

Videtur quem elegit dominus, quoniam non sit similis illi in omni populo. Et clamavit omnis populus, ait: vivat rex.

Ya veis al que ha elegido el señor, que no tiene semejante; y entonces exclamó el pueblo diciendo viva el rey. En el libro 1 de los reyes capítulo 10 v. 24.

Cuando la Divina Providencia resalta en los sucesos favorables, exige de justicia el reconocimiento. Siempre es digno de adorarse el brazo invisible del señor que todo lo dispone; pero cuando se hace sensible en nuestro beneficio, debemos correr con ansia a besar su mano benefactora. De esta clase son los venturosos acontecimientos que nos han llenado de júbilo, y nos congregan hoy en el santuario a rendir nuestros cultos. Hará, pues, plausible al ilustre cuerpo que los promueve, el rasgo de amor al soberano tributando gracias al ser supremo que nos lo concede.

Él es quien solamente da a los monarcas los imperios y a los pueblos los reyes; pero se ha señalado de tal modo, y ha usado de medios tan portentosos con el augusto y amado

FERNANDO VII que nadie dejará de conocer nos lo ha dado particularmente.

¿No os figurasteis al gobierno en la solemne ceremonia de estos días, como a Samuel hablando al pueblo de Dios, y haciéndonos presente, como él, al digno príncipe destinado por el cielo para nuestro monarca? *¿Videtis quem elegit dominus, quoniam sit similis illi in omni populo?* ¿Y no os representáis en los vivas y exclamaciones del público el gozo y expresiones en que prorrumpieron los israelitas? *¿Et clamavit omnis populus et ait: vivat rex?*

Yo por lo menos me concibo que la Providencia con FERNANDO se ha desviado del orden común y dirigido por senderos inusitados, para que entendiesen todos lo destina por sí mismo al imperio de las Españas. Es verdad que nació en el emporio de la monarquía; pero fue extraído de su territorio y detenido con violencia en otro suelo, para que anhelásemos por él, lo que le da el renombre de *deseado*. Se nos quitó para podérsenos dar, y para que su privación, al mismo tiempo de hacernos conocer el bien que perdíamos y las prendas que lo adornan, nos hiciese apreciable y viésemos como obra de Dios el destinarse para nuestro rey. *Videtis quem elegit dominus, quoniam non sit similis illi.*

Es también cierto que su cuna le dio derecho a la corona, que se la abdicó su augusto padre, y que antes de ceñirla le llamamos rey, lo que le adquiere el título de aclamado; pero se le precisó a renunciarla, para que apreciásemos más el que después la obtuviese, y descubriésemos el dedo de Dios que ha movido a los estados a jurarlo su monarca. *Et clamavit omnis populus, & ait: vivat rex.*

De manera que, ahora se considere a FERNANDO como *deseado*, ahora como *aclamado*; ya se atienda su exaltación al trono de parte de Dios, ya de parte de los pueblos, el destinarse para la corona, y su coronación misma, son dos sucesos admirables que lo califican don del cielo, y que promoveré para incitares a rendirle gracias.

Rey de los reyes y señor de los que dominan en la tierra, prospera al que has destinado a nuestra monarquía, y rige mis labios para inflamar a mis oyentes en la gratitud a tus beneficios. Esto te pido por intercesión de la reina de los ángeles, saludándola con uno de ellos cuando la dijo:

AVE MARIA.

Anegada la monarquía en las calamidades de guerras dilatadas, azotada tantas veces la península por la escasez y la peste devoradora, falta de ejércitos y aun de armas, destruida su marina, disminuida su población, exhausto su erario, desacreditado el valor nacional, sobre todo, vacilantes en las manos del anterior monarca, aunque sin vicio suyo, las riendas del gobierno, y zozobrando en su cabeza la diadema; en estas circunstancias ¿quién no desearía, y quién no vería como don del cielo un soberano, capaz de restituir a su antiguo esplendor el pabellón de España? tal es el que le ha destinado la providencia.

La grandeza de un héroe se restringe por lo común en la menor edad, y aun desde la infancia. Es verdad que hasta concluir su carrera, no pueden pesarse exactamente su mérito y virtudes; pero si pueden calcularse desde el principio; así como los cimientos y los zócalos dan idea del grandor de un edificio que comienza a edificarse.

El primer auspicio de la bondad de FERNANDO fue su nombre mismo. Nombre feliz para la corona de Castilla, que han llevado sus mayores reyes; nombre al que se han unido los más gloriosos títulos, y con el que solamente se ha hermanado el singularísimo de *Santo*. Éste y el de *católico* son los únicos que la silla apostólica ha dado a nuestros reyes, siendo así que los demás los ha apropiado la nación; y uno y otro han recaído sobre los Fernandos. ¡Ojala que el nuestro, a más del último epíteto que le conviene por trascendencia, se haga también digno del primero por medio de un apoteosis! ¡qué apoyo de esta esperanza las virtudes que descubre!

La afabilidad y dulzura, el amor a la justicia y al mérito, el sufrimiento y constancia en las adversidades, la piedad y religión, prendas tan apreciables en los reyes, parece nacieron con él. Se le ha visto conversar familiarmente hasta con los labradores y los rústicos. Se le oyó muchas veces lamentar los defectos, de que por desgracia nuestra adoleció el gobierno, anhelando por el remedio. Sus confidentes han sido los hombres beneméritos y demás probidad. Se ha aconsejado con ellos en sus resoluciones, no llevándose de su propio dictamen. Ha resistido con paciencia terribles contrastes del gabinete conjurado en su contra para trazar su ruina. Se le ha visto derramar a manos llenas las limosnas, y aun de edad de tres años descalzarse, para dar sus zapatillos a un pobre.

¿Y quién ignora el gusto con que oía las piadosas instrucciones de sus sabios preceptores, entre ellos un Scio, quien por respeto a él y por saciarle la sed de aprender las máximas del cristianismo, trabajó y dio a luz la celebre versión que poseemos de la Biblia? Sobre todo, siempre será un monumento de su religión la efusión de su espíritu hacia el más dulce objeto de la devoción en aquella tierna despedida de la Virgen de Atocha, dejándola el toison y la banda. Las expresiones de tan afectuoso coloquio jamás podrán leerse con ojos enjutos, sino por quien tenga un corazón diamantino.

No lo es el de FERNANDO, y ésta es otra de las principales dotes que preparan feliz su reinado. Sus primeros decretos, que leemos estampados en los papeles públicos, respiran sensibilidad, ya en orden a desagraviar a los vasallos, ya con respecto a su alivio y pública felicidad. En la carta a su padre que firmó en Bayona, a más de su filial sumisión y obediencia, se ve que en medio de la agitación que forzosamente perturbaría entonces su espíritu, no se olvidó de recomendar encarecidamente a las personas que le habían servido. Pero lo que más comprueba su carácter, es aquella heroica generosidad, que también nos presentan los papeles públicos, perdonando sus ofensas al que por todos medios había

maquinado su exterminio.

Por estos lineamientos bien conocéis el retrato de quien hablo, y cuyo nombre me parece decoroso suprimir en la presencia de los altares. Pero los recientes sucesos que este recuerdo trae a la memoria, me representan a FERNANDO, designado ya para reinar en los días medios de marzo, como a David después de ungido por Samuel.

La primera acción con que este se dio a conocer, fue el combate con Goliat que había aterrorizado al pueblo de Israel; y el primer hecho público de FERNANDO fue hacer rostro a otro gigante en fortuna, poder y valimiento, que afligía a la monarquía. Ambos libertaron a la nación que habían de gobernar, de un monstruo que la fatigaba; pero el héroe hebreo le dio muerte a su contrincante, y el español, después de tan ofendido, perdonó al suyo la vida, que fue adquirirse en una muchas palmas; pues se venció a si propio, y triunfó de su victoria misma.

Un rey de este calibre, un monarca cortado a las medidas de sus más esclarecidos progenitores, forzosamente había de ser las delicias de la nación. Mas como sobre reconocerlo heredero de la corona, le abdicó esta su augusto predecesor, nos con gratulábamos con él, lo velamos como un iris brillante que anunciaba la paz y tranquilidad, y disfrutaban los corazones de aquella dulce calma que inspira la posesión. En una palabra, era el objeto de las complacencias, no de los deseos. Pero ¡ay, que estos en breve ocuparán en lugar de aquellas sucediendo a la serenidad la borrasca!

La más negra nube de cuantas se han formado hacía el oriente de España, horizonte fatal para torbellinos políticos, vino a descarga, sobre ella la confusión, atronando a todo el orbe el ronco bramido de tan horrible tempestad. Nuestro joven príncipe fue arrebatado de nuestra vista y hecho prisionero en Francia; no por la espada de algún valeroso capitán, como en otro tiempo aprisionamos a su Francisco I, sino por las tramas de un aliado

fementido; no a fuerza de armas en la campaña, o por alguna fatalidad de la guerra; sino por intrigas, a la sombra de paz, y socolor de amistad y protección.

Y entonces, entonces fue cuando reconcentrándose el amor a nuestro FERNANDO, se encendieron los más vivos deseos de que reinase sobre nosotros, así como ya de antemano reinaba en los corazones. Este afecto y nuestra innata inclinación a su persona debía llamarse en lo anterior, y era en realidad por sus fundamentos, una sólida esperanza, pero después del triste catástrofe que nos privó de él, se convirtió en deseo, tanto más distante de aquel nombre, cuanto mayor ha sido la dificultad de recuperarlo.

Desde el momento en que emprendió su viaje a Bayona, despertaron las zozobras de los vasallos. Hubieran querido detenerlo, y aun llegaron a cortarle los tirantes del coche en el camino; acción que si a primera vista parece tocar en falta de respeto, sondeada, no es sino un exceso de acendrada lealtad, y un presentimiento de los sucesos posteriores que nos han obligado a lamentarlo perdido. Pero, o FERNANDO, o bien vivas en el seno de la monarquía, o ya en lo interior de una potencia enemiga; ora habites tu real palacio, ora la prisión de un castillo, siempre hemos de apetecer nos gobiernos, y siempre podrá llamarte la posteridad FERNANDO el *deseado*.

Este es, a la verdad, y ha sido su principal distintivo aún antes de nacer. Lo fue entonces, porque la guadaña de la muerte, encarnizada en trincar todos los pimpollos de la rama de Borbón española, hacía apetecer un vástago robusto que afianzase su perpetuidad. Lógrose en FERNANDO, pero los reveses de la suerte, que como impetuosos vientos los han agitado toda su vida, no permitían sino breves intervalos de calma a los deseos, y ellos siempre han tenido pábulo, siempre han encontrado un digno objeto en las relevantes dotes que lo adornan, y que yo no he podido más que insinuar.

Duelome de que este discurso deba ser corto, sobre serlo mis talentos. El asunto,

especialmente en lo que resta, demanda mayores ensanches, y un panegirista que se equiparase con los Evagoras y Trajano. Por otra parte es indispensable contener los ímpetus de mi afecto, por apartar aun la apariencia de lisonja de la cátedra del espíritu de Dios.

No obstante, las dotes insinuadas del nuevo monarca, unidas a los caminos que le ha abierto para el trono de la providencia, denotan conducirlo ésta, aún más que la constitución nacional o las reglas de sucesión, según las cuales debía esperar a que cerrase sus días el que le dio el ser. Son, pues, efectos de la providencia y señales claras de que ella lo ha elegido, las tempranas muertes de sus hermanos primogénitos, la abdicación inesperada de su padre de que hay tan pocos ejemplares en la historia, y un extraordinario anhelo y consentimiento del pueblo, antemural de la soberanía.

¿Y quién podrá expresar dignamente lo que este mismo pueblo ha ejecutado por aclamarlo su monarca? ¿dónde habrá coloridos para pintar la fidelidad y entusiasmo de la nación más amante de sus reyes, de una nación siempre valerosa, y constantemente adicta a sus soberanos? Como la llamó un rey de Francia escribiendo a otro de España, Luis XIV a Felipe V, abuelos ambos de nuestro joven desgraciado. ¡O y cuánto interesa esta triste porción de su historia, al mismo tiempo que exalta el carácter nacional!

Si lastiman los infortunios en cualquiera de nuestros semejantes, a los príncipes los constituyen un objeto particular de ternura que apasiona las voluntades. ¿Cómo no habíamos de compadecernos del nuestro a quien, si antes lo comparé con David en su combate, debo más bien asemejarlo al mismo por perseguido? Ha tolerado aun más contradicciones que aquel; pero siempre ha sido su Jonatan la nación.

Un prócer de la Corte, árbitro de las voluntades de los reyes y de su autoridad, móvil de toda la monarquía, y válido extraordinario a quien una ciega y loca fortuna se encaprichó en engrandecer sobre sus merecimientos, desvanecido con su poder, llegó a abrigar los

mismos deseos ambiciosos de Adonias en Jerusalén, y a buscar con él parciales de su facción. ¡Qué horrores, que atentados no debía concebir abortar tan detestable designio! FERNANDO era la principal víctima de que exigía el sacrificio.

Para echar a rodar los incontrastables derechos de su nacimiento, osó la malicia denigrar su persona figurándolo incapaz de reinar, y consiguió por último fuese exheredado de la corona por un testamento solemne. Aspiró a más: maquinó su muerte arrojando sobre él la obscura mancha de la infamia, más sensible que la muerte misma, y tanto más sensible, plantó más la abultaba la calumnia con todo el estrépito y solemnidades de un juicio ruidoso.

¡El hijo atentar contra la vida del padre! ¡un príncipe tan bueno cometer el crimen de lesa majestad! ¿habrá quién crea semejante acusación? ¿habrá quién se persuada...? pero echemos un velo sobre la horrorosa causa del Escorial. Triunfó la inocencia, la declararon los jueces, y nosotros debemos olvidar un suceso que envolvió a muchos buenos españoles, quienes en otras circunstancias jamás hubieran abrazado el partido que solamente siguieron estrechados por la fuerza, aterrados de las amenazas y seducidos con las ofertas. Estas causas morales las más veces tienen su efecto, y no todos han de ser un Ceballos o un Caballero, para llegar a las espadas, o hablar con entereza.

¿Y cuál fue la demostración del pueblo llegando a trascender la inicua maquinación? Luego que ésta se divulga se agita aquel y se conmueve, de día en día lo enardece más y más el rumor que se esparce de que se trata privarlo del príncipe que adora, se congrega en numeroso concurso, se atropa en Aranjuez y en Madrid, hace locuras de lealtad, y abdicando entonces Carlos IV a su hijo la diadema, lo aclama al punto con el nombre de FERNANDO VII.

No parecía habría ya que temer turbulencias que lo agitasen. Pero un hombre, si puede llamarse así a quien tanto se aleja de los sentimiento de humanidad, y que bajo la piel aparente de león oculta toda la astucia de la vulpeja; después de que obrando con ésta y aterrando con aquella, se elevó desde la nada hasta la mayor dignidad de los soberanos; después de haber ceñido en Francia la diadema de los Borbones, y destronándolos en Nápoles, Etruria y Portugal, iba a excusas extendiendo poco a poco la mano sobre los Pirineos, para robar el cetro a la única rama de la familia que quedaba reinando en la Europa.

A este fin, y concibiendo el mismo pensamiento de Nabucodonosor de subyugar a su imperio la tierra toda, había seguido a un tiempo correspondencia con FERNANDO, y con su rival, simulando a cada uno de por si favorecer sus intenciones. Las del último se dirigían a un convenio de partición de España, tomando por línea divisoria el Ebro, y siendo preliminares o garantía entregarle las plazas fuertes de la frontera, y abrigar en el seno de la Península las tropas francesas, después de haberla evacuado de las nuestras que se pusieron a su servicio.

En esta situación lamentable, cuando ya el ejército del vencedor del austriaco, prusiano, y ruso se había apoderado hasta de la Corte; cuando estaba levantada sobre nuestras cabezas la espada que había conquistado a Italia; cuando nos veíamos amagados del poder que ha enterrado a Europa y revuelto a todo el mundo haciendo y quitando reyes a su arbitrio; cuando no faltaban ni aquella tristes presagios, de que la credulidad popular suele hacer tanto misterio, en un cometa aparecido no mucho tiempo antes, en un trance como este ¿qué debía hacer FERNANDO, o que otra resolución de la que tomó, podía indemnizarlo del concepto de imprudencia o temeridad?

¿Por ventura había de estrenar su espada haciendo frente a toda la coalición de las potencias y naciones aguerridas del continente? Se le hubiera reputado ligereza, y aún no podía poner en claro a la faz de todo el mundo la justicia de sus armas. ¿Había de dejar a sus vasallos seguir los nobles, pero funestos impulsos que los llevaban a la carnicería y mortandad? Le es muy doloroso a su corazón el derramamiento de sangre, y una sola gota del último de sus súbditos vale para él más que un reino entero. ¿Rabia de abandonar la Europa y volar a estas regiones, como aconsejaban algunos a su padre, y ejecutó su deudo el portugués? La experiencia le mostró en el último los males que atraería a aquellos vasallos, no obstante que en la lealtad de los de este hemisferio encontraría una riqueza de mayores quintales que los del oro de sus minas.

No le restaba, pues, otro partido sino arrojarse en los brazos de la Providencia, y experimentar la generosidad de un aliado que hasta entonces no había cesado de vendérsele amigo, dejándose conducir a los estados de éste con toda la real familia, fiado en su palabra y ofertas benéficas, tantas veces repetidas. No podrá censurar su resolución, sino quien condene a Jonatas Macabeo por haber entrado en Ptolemyda traído de las promesas del general de Siria.

Creó sin duda que con semejante condescendencia desvanecía a su vecino, el último de tantos pretextos como había buscado para romper, y que no se atrevería a hacerlo sin apariencia de justicia, echando sobre sí la nota de una perfidia. Pero él, sediento de la monarquía más dilatada del orbe, antepuso su ambición a la gloria de que antes se había jactado solícito, y usando la misma política de Trifon con el príncipe Macabeo, estrechó al nuestro a la renuncia de la corona, y lo privó con ella también de la libertad.

Se estremecen las carnes, se conmueven del más vivo dolor las entrañas al considerar iniquidad tan enorme. ¡Reducido a una prisión el dueño de tantos reinos! ¡sin un

palmo de tierra el monarca de dos mundos! ¡Sujeto a quien nació vasallo, el que se encontró en la cuna la soberanía! ¡Tratado como facineroso el inocente, de quien se erige juez su falso amigo! ¡Recompensada con un castillo la dadiva de un imperio!

Conquistadores inicuos, ambiciosos execrables; usurpadores de todos los siglos, políticos falsos, tu mismo Maquiavelo, tú y los Atilas, los Tensericos, los vándalos y bárbaros, tendríais que horrorizaros de una maldad que no cupo en vuestro corazón, ni tiene semejante en las historias. Pero ya que hubo un pecho de tan desmedido buque que la abarcase, ¿es posible que una nación culta la apruebe y la sostenga? La Francia, que ahora cien años peleaba por dar un rey a España, ¿ha de pelear a la presente por quitarle al legítimo heredero del que ella le colocó en su trono? Y cuando así sea, ¿habrá de permitirlo la Hesperia, aquella raza de gentes del origen godo, que después de abatir las lunas africanas, ha humillado también las lises francesas?

No, el león de España, aunque unos lo juzgaba dormido y otros rendido enteramente, lo mantenía echado en el suelo y sin movimiento la obediencia al soberano, de cuya bondad y poder abusaba su válido; pero al verse acosado de sus enemigos, se levanta, sacude la guedeja, ve con ceño a los que lo insultan, se irrita y enfurece, embiste con intrepidez y al primer golpe desbarata entre sus garras la muchedumbre que se le presenta. No es calor de la imaginación, ni me excedo en la figura.

La nación, si antes por complacer al soberano había condescendido, no sin menoscabo de su reputación, en todas las pretensiones de la Francia, hasta entregarle la espada que como vínculo de honor conservó cerca de tres siglos; cuando llega a conocer las siniestras intenciones, el dolo y fraude con que se le trata, se levanta en masa sin distinción de edades, de clases, ni de sexos, tomando las armas hasta los ancianos, los clérigos y mujeres, se inflama y exaspera, despliega su valor característico, acomete y derrota al

ejército francés, con lo que recobra sus antiguos créditos, y por una especie de conspiración en que se reúnen todas las provincias, jura por su rey a FERNANDO VII, digno por lo mismo de apellidarse el *Aclamado*.

¿No es esta una nueva prueba de la verdad con que Luis el Grande escribía a su nieto el rey de España, que *los paisanos de sus pueblos no se diferencian de la tropa*? Se puede añadir que los súbditos de sus dominios, no solo en tierra, sino también por agua, como se vio en Trafalgar; y no sólo en el viejo, sino también en el nuevo mundo, como se palpó en Buenos Aires, si llegan a entusiasmarse de la justicia de su causa, cada uno es un Cid para pelear, y toda la monarquía es Numancia si no se logra vencer.

Pero no quiero hacer alto en los elogios que por su fidelidad y valor se han merecido los vasallos, ni en los sobresalientes a que son acreedores los innumerables que se han señalado, como un conde de Teba, un Escoyquiz, un duque de San Carlos, y el otro del infantado, ángel tutelar de FERNANDO, y Macabeo de las Españas, si se confirman las noticias¹ que hasta ahora corren sin apoyo.

En lo que insisto es, en que la uniformidad de las voluntades para aclamarlo; el ansia y conato de jurarlo que sabemos de las otras ciudades, y que tanto han resaltado en México, donde hasta las paredes parece gritan viva FERNANDO en medio de las más extraordinarias demostraciones de un frenesí de lealtad, insisto, vuelvo a decir, en que este unánime consentimiento, y esta voz universal de los pueblos, no puede menos que ser efecto del dedo de Dios, dirigido a nuestro bien para librarnos del yugo que nos amenazaba.

Rindámosle, pues, las más afectuosas gracias, dirigiéndonos a la milagrosa imagen de su madre, que con el título de Guadalupe veneramos nuestra patrona, y que es la prenda

¹ Se alude a las que trajo la goleta Esperanza, y comunicó la Gaceta de México de 30 de julio de este año.

del cielo que poseemos, por cuyo conducto nos derrama sus bendiciones. Reconozcamos que si el mismo que se formó un distintivo honorífico con el nombre de la paz, nos ha atraído una guerra tan sangrienta, encontró en ella su ruina; y que si el otro que se apellida todopoderoso, no ha podido sojuzgarnos, son beneficios del cielo para nosotros, al mismo tiempo que castigos a los que se arrojan los títulos de Jesucristo² y de la Divinidad.³

Usurpemos, para dar gracias a María, las mismas expresiones de que en otro tiempo se sirvió un profeta: "Bendito sea la Madre del Dios que adoramos, que ha visitado y redimido de la opresión a su pueblo, para que sin temor y libres de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos con la santidad y justicia todos los días de nuestra vida, que es el único modo de encaminar nuestros pasos a la paz de la eterna."⁴ Esta os deseo."

² *Vocabitur nomen ejes... Princeps pacis.* Isaías c. 9 V. 6.

³ *Ego Deus omnipotens.* Gen. c. 17. v. 1. & C. 35. v. 11. *Omnipeteus nomen ejes.* Exod. C. 15

⁴ *Benedictus dominus Deus Israel, quia visitavit, & fecit redemptionem plevis suae... ut sine timore, de manu inimicorum nostrorum liberati, serviamus illi in sanctitaie, & justitia coram ipso omnibus diebus nostris... ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.* Cant. Zachariae c. 1. Lucae.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602